



El profesor y escritor, en la década de los sesenta

ARCHIVO



Guillermo Díaz-Plaja como mantenedor de los Jocs Florals de Barcelona (años setenta)

PÉREZ DE ROZAS

Centenario El 24 de mayo se cumplen cien años del nacimiento de un intelectual polifacético cuya evolución es reflejo del siglo XX cultural español

El caso Díaz-Plaja

Jordi Amat

es coeditor, junto a Ana Díaz-Plaja y Blanca Bravo, del libro 'Querido amigo, estimado maestro' (con prólogo de Anna Caballé y epílogo de Luisa Cotoner)

JORDI AMAT

La estela de Guillermo Díaz-Plaja, un siglo después de su nacimiento, se difumina en el mar de la cultura española. Su recuerdo pervive en la memoria de los bachilleres de posguerra que descubrieron la literatura en sus espléndidos libros de texto y en la de sus alumnos del Instituto Balmes, que en algún caso –un Molas, un Castellet– fecundaron su vocación respirando el talante abierto de sus clases. Pero lo cierto es que su obra, que tanto influyó en la fijación del pasado, parece haberla engullido el paso del tiempo. ¿Qué ha ocurrido? La respuesta se intuye en *Querido amigo, estimado maestro*, selección de las cartas que recibió y que publican las instituciones que custodian su legado –la Universitat de Barcelona y la Reial Acadèmia de Bones Lletres– en edición de Ana Díaz-Plaja y un equipo formado en la Unidad de Estudios Biográficos. Delimitación a contraluz de su trayectoria, el epistolario es radiografía oblicua de la vida intelectual en España durante el tramo central del siglo XX.

Un punto de arranque para comprender su caso podría ser 1935. Aquel año, mientras ejercía de ayudante en la universidad, ganó la plaza de catedrático de instituto; de inmediato, el maestro de filólogos Ramón Menéndez Pidal le puso unas líneas de felicitación. Tras haber publicado sus primeros manuales, ganó el premio Nacional por *Introducción al estudio del ro-*

El placer de leer

CARME RIERA

Este año don Guillermo Díaz-Plaja i Contestí hubiera cumplido cien años. Quiero suponer que serían muchas las instituciones promotoras de homenajes. No sólo por haber llegado a una edad tan provechosa sino por cuanto escribió, que fue exagerado: doscientos libros, entre ensayos, manuales de literatura y obra de creación, en castellano y catalán. Si hubiera llegado a centenario –murió a los 75– saldría a dos libros por año, pero escribió más de dos libros cada 365 días. No en balde le llamaban “el libro que no cesa”.

Además fue profesor y muy bueno; académico de la RAE, en la que ocupó el sillón P, que antes perteneció a Azorín, y de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, a la que dejó su estu-penda biblioteca. En sus manuales de literatura varias generaciones aprendimos a leer a los autores. El método Díaz-Plaja consistía en acercar los textos a los alumnos. Muchos, entre los que me cuento, en los fragmentos elegidos por Díaz-Plaja descubrimos el placer de leer.

manticismo español. Su colega José Manuel Blecua, después de leer el libro laureado y el notable *El arte de quedarse solo*, le preguntaría “si no podrías tú estar incluido en la ‘generación del movimiento Góngora’ (así bautizó a la generación de Guillén)”. Su estilo de ensayista estaba fijado: una mirada culta y sintética a la búsqueda del detalle revelador para fijar una corriente espiritual o un movimiento estético. En poco tiempo se hizo un nombre en sus dos patrias, la enseñanza y la literatura (la catalana y la española). La tragedia es que ambos mundos, como el país, iban a arder.

Tiempos de oscuridad

Fue leal a la República y combatió como “miliciano de la cultura”, pero no fue un intelectual beligerante porque el compromiso siempre le pareció secundario. Por ello, en tiempos de oscuridad, en la dramática tesitura de escoger entre poder, silencio o exilio, se ligó a la victoria porque era el camino menos malo para proseguir con su vocación y tejer una continuidad colectiva digna hasta donde fuera posible. Mientras publicaba sus primeros poemas y asistía a la edificación de la nueva sociedad literaria (lo contó en directo en *Tiempo fugitivo*), creyó que con el régimen, además del Instituto del Teatro y la cátedra universitaria, dirigiría un Instituto de Estudios Mediterráneos desde el que difundiría su permanente utopía: el hispanismo concebido como pluralidad trans-histórica en el que todas las voces suman. Pero no fue lo que soñó ni logró la cátedra, abortando la posibilidad de crear escuela. En una España que decía refundarse en principios de pureza imperial, su audaz *El espíritu del Barroco* no fue bien leído: la interpretación sobre la matriz judaica del barroco era una heterodoxia excesiva.

Trabajador infatigable, perseve-

ró volcando su talento en prensa y centenares de libros. En 1949 vio editada la enciclopédica *Historia General de las Literaturas Hispánicas* que había proyectado. Desde 1950 fue colaborador fijo de *La Vanguardia*, donde practicó el columnismo concebido como género artístico (en la línea de un Eugenio d'Ors o de un Juan Perucho). En 1951 apareció *Modernismo frente a noventa y ocho*, su estudio de mayor impacto. A pesar del planteamiento maniqueo, que irritó a Juan Ramón, tuvo la sensibilidad de reivindicar el esteticismo modernista tras años de exclusiva valoración del castellanismo del 98. Pero en aquel momento, cuando Ridruejo y el ministro Ruiz-Giménez gestaban una apertura desde dentro del sistema, Díaz-Plaja quedó desubicado. El formalismo crítico avejentó su estilo y para los jóvenes que marcarían pauta –los del medio siglo– era un hombre del pasado que en presente gozaba de sillón de académico y dirección del Instituto Nacional del Libro.

La dialéctica franquismo / anti-franquismo le obligó a forjar en solitario una ruta personal demasiado desconocida. Díaz-Plaja volvió la mirada al ayer concluido en 1936 para redescubrir lo más auténtico de su trayectoria. Con *Papers d'identitat* escarbó en su infancia gerundense para dar con las claves de su personalidad y en *Memoria de una generación destruida* mitificó su promoción universitaria de los *happy twenties* (la de los benjamines del 27, la de sus amigos Masoliver o De Salas). En *Vanguardismo y protesta* recopiló sus viejos y aún frescos artículos de las revistas del arte nuevo y con *Estructura y sentido del novecentismo español* reconstruyó los fundamentos del mundo de su primera madurez. Fue su última y mejor lección. El final de una historia de ilusiones, logros y desgarros. Exactamente de la que venimos. |